

---

JAMES D. G. DUNN, *Jesús recordado* (El cristianismo en sus comienzos I; Verbo Divino; Estella [Navarra] 2009). 1086 pp. ISBN: 978-84-8169-864-0. € 75,00

La norma habitual de esta Revista de no recensionar traducciones encuentra en la obra de James D. G. Dunn, hoy profesor emérito de la Durham University (UK), una excepción que la confirma. La cuidada edición de este voluminoso libro merece un comentario que haga justicia al gran servicio que la editorial radicada en Estella ofrece a los lectores de lengua española interesados en Jesús de Nazaret y en los evangelios en general. Publicado hace seis años, el *Jesus Remembered* de Dunn (Christianity in the Making 1; Eerdmans; Grand Rapids, MI - Cambridge, UK 2003) no ha pasado desapercibido; prueba de ello son las numerosas recensiones que se le han dedicado, entre las que mencionamos sólo algunas: G. O'Collins (*Pacifica* 16 [2003] 325-327); D. J. Harrington (*America* 189/18 [2003] 21-22); R. K. McIver (*RBL* 06/2004: [www.bookreviews.org](http://www.bookreviews.org)); J. Painter (*RBL* 06/2004); J. F. Strange (*CBQ* 68 [2006] 326-327). Si bien ya disponíamos de una síntesis en nuestra lengua de la aportación fundamental de este autor en lo referente al estudio de la historia de Jesús (J. D. G. Dunn, *Redescubrir a Jesús de Nazaret*. Lo que la investigación sobre el Jesús histórico ha olvidado [Biblioteca de Estudios Bíblicos minor 10; Sígueme; Salamanca 2006], 109 pp.), ahora se nos brinda un acceso pormenorizado.

El contenido fundamental de la propuesta de Dunn gira en torno a tres elementos. Primero, la puesta en valor de la huella dejada por Jesús en sus discípulos como medio para acceder a la historia de Jesús: los evangelios son “el Jesús recordado”, nos atestiguan el hondo impacto que dejó en quienes lo siguieron de cerca (167-169). Los transmisores de esta memoria no aparecen por tanto como deformadores (inconscientes o intencionados) de la realidad histórica de Jesús, sino como testigos de una personalidad que ha dejado una huella única e irrepetible en su memoria. Esta huella no es posterior a los acontecimientos pascuales: al contrario, la fe de los discípulos en Jesús data de la etapa de su ministerio público; sólo “los primeros brotes de fe que constituyeron la respuesta inicial prepascual de los discípulos” (169) explican su seguimiento del maestro de Nazaret. La Pascua supuso un intensificarse de su importancia; pero “Pedro y los otros no se hicieron discípulos en la Pascua de Resurrección. Ya antes habían dado una respuesta de fe” (*ibid.*). Este dato guarda relación con el segundo elemento característico de la propuesta de Dunn: la importancia de la transmisión oral en la configuración de los evangelios (286-302). Con ello no pretende desligarse de las teorías actualmente en uso acerca de las fuentes de los sinópticos (si bien Q, que Dunn acepta como hipótesis de trabajo, queda notablemente redimensionada: 185-200); pero muestra, y a nuestro juicio con alto grado de verosimilitud, la importancia que hay que reconocer al modo oral de transmisión de estas tradiciones. De modo que las diferencias entre los evangelios hay que verlas en buena medida, no como reflejo de diversos documentos o versiones de ellos, sino como consecuencia natural de la forma oral de transmisión de las tradiciones que

están en su base. En ellas – tercer elemento – descubrimos al “Jesús característico”: frente al clásico criterio de discontinuidad (con el riesgo consiguiente de dar relevancia sólo a lo que diferencia a Jesús de su entorno), Dunn aboga por considerar rasgos históricos de Jesús aquellos que los evangelios presentan como característicos suyos, tengan o no paralelo en fuentes contemporáneas; “todo aspecto característico en la tradición de Jesús y relativamente distintivo de ella es muy probable que se remonte a Jesús” (389). El resultado final ofrece indudable interés; el lector encuentra una completa información acerca de los dos últimos siglos de la *Jesus search*, la búsqueda del Jesús histórico, equilibradamente valorada, criticada y enriquecida. Pero además halla una propuesta que, en su conjunto, ofrece un horizonte esperanzado respecto de esta búsqueda: “Hay, pues, un «Jesús histórico», que es legítimo y posible objeto de nuestra investigación. No un Jesús casi objetivo, cínico o con cualquier otro tinte filosófico, que pueda ser o no significativo para la fe cristiana. Sino el Jesús que históricamente hablando fue significativo para el primer florecimiento de esa fe. Una búsqueda así enfocada, pienso, tiene buenas probabilidades de éxito” (392).

La obra se articula en cinco grandes partes. Tras exponer los principios que guían su interpretación de la historia de Jesús (“La fe y el Jesús histórico”: 35-174), el autor estudia las fuentes que nos permiten el acceso histórico a él (“A Jesús por los evangelios”: 175-393). A continuación, la sección más extensa del libro examina los aspectos fundamentales de la vida de Jesús: el bautismo de Juan, el reino de Dios, los destinatarios de su mensaje y el discipulado (“La misión de Jesús”: 395-692). La cuarta parte está dedicada a un tema difícil: la autoconciencia de Jesús (“La cuestión de cómo se veía Jesús a sí mismo”: 693-859). La obra se cierra con un tratamiento del misterio pascual, muerte y resurrección (“Culminación de la misión de Jesús”: 861-1002); su último capítulo, “Jesús recordado” (989-1002), sirve como síntesis de toda la obra. Una amplia bibliografía (que no incluye comentarios bíblicos ni artículos de diccionario: 1003-1044) y un índice de autores en los que hallamos 875 nombres (1045-1072) atestiguan la seriedad del trabajo realizado por el investigador británico; les siguen otros dos índices, analítico (1073-1080) y de pasajes evangélicos (1081-1086).

Esta obra representa el primer hito de una empresa de gran envergadura que abarcará los orígenes del cristianismo desde el año 27 d.C. hasta la mitad del s. II (32-34). El volumen 2, apenas publicado en lengua original (*Beginning from Jerusalem [Christianity in the Making 2]*; Eerdmans; Grand Rapids, MI - Cambridge, UK 2009) 1347 pp.), gira en torno a la primera Iglesia; tiene como figura principal a Pablo y como *terminus ante quem* el año 70 d.C. El tercero, finalmente, estudiará la segunda y tercera generaciones cristianas (ca. 70-150), enlazando así con la primera patrística. Aguardamos la culminación de este ambicioso proyecto, seguros de que *Verbo Divino* seguirá ofreciéndolo al público castellanohablante; pero desde ahora nos felicitamos por su primera etapa ya materializada, que supone una muy valiosa aportación a los estudios neotestamentarios destinada a convertirse en referencia ineludible.